



LEGADO

La huella y el vacío profundos dejados por José Barnoya García

El 7 de noviembre de 2021, a la edad de 90 años, dejó de vivir el Dr. José Barnoya García, un universitario y profesional sancarlista por los cuatro costados. Sobre su trayectoria estudiantil, docente, periodística, literaria, médica y de promotor de lo más profundo de la Huelga de Dolores, se ha escrito abundantemente en columnas y obituarios. En testimonio del legado que deja el Dr. José –Sordo- Barnoya, publicamos dos textos de personas con quienes tuvo un prolongado vínculo universitario.

El siempre bien ponderado doctor José Barnoya¹

Dr. Carlos Chúa
Profesor de Pediatría
Facultad de Ciencias Médicas / USAC

Nacido en esta ciudad capital durante el siglo pasado, en la década de los treinta (1931), hijo de una maestra de escuela, doña Margarita García quien a la vez era hija de un fotógrafo que le gustaba

retratar a gente humilde, campesinos, indígenas, trabajadores, manifestantes, e hijo también de un médico, urólogo criollo, de los que se formaban en los hospitales nacionales, José Barnoya García,

1. Esta semblanza / entrevista del Dr. José Barnoya García, fue publicada en noviembre de 2015 en la *Revista Médica*, del Colegio de Médicos y Cirujanos de Guatemala. El texto que publicamos circuló en la red de mensajería WhatsApp y otras redes sociales; agradecemos a Eduardo Velásquez Carrera haberla compartido con *Revista Análisis de la Realidad Nacional*.

sietemesino para más señas, tuvo que ser alimentado con leche de burra desde temprana edad, porque sin siquiera cumplir un mes de vida, se enfrentó con los temibles policías del dictador Jorge Ubico, a quien se le había metido que la familia Barnoya guardaba armas nacionales en su casa, ubicada en 8ª calle y 10ª avenida de la zona 1. Catearon ampliamente el domicilio, no encontraron nada, pero a su madre se le espantó la leche, y como la leche de burra se equipara a la leche materna, la Cervecería Centroamericana prestó una borriquita para que lo alimentara por un año. Tal vez por ello, cuenta el Dr. José Barnoya, “le crecieron un tanto las orejas...”

Estudió la escuela primaria en el colegio La Juventud, que dirigía el profesor Leonidas Mencos. Luego, la secundaria hasta graduarse de bachiller en el Instituto Central para Varones; en ese tiempo, los años cuarenta del siglo pasado, militarizado por completo, al igual que las escuelas normales del país. Pero a los pocos meses llegó la Revolución de 1944, y fue el Doctor Juan José Arévalo quien desmilitarizó la enseñanza pública, después de que los estudiantes habían quemado las cachuchas y uniformes militares. Para el 20 de octubre del 44, el Dr. Barnoya García prestó servicio dirigiendo el tránsito en el

centro de la ciudad, durante dos días, pues la Junta Revolucionaria había suprimido la Policía Nacional de la dictadura ubiquista.

¿Por qué estudió medicina?, le pregunto y contesta que por dos razones: la primera fue que su padre era médico, huelguero de la generación de los veinte; a su casa llegaban muchos médicos, tenía su clínica en su propia casa y a él le gustaba el oficio de su progenitor. Le llamó también la atención las ciencias sociales, y cree que si en esa época hubiera habido en la Universidad de San Carlos Facultad de Humanidades, tal vez hubiera estudiado una carrera humanística; pero estudió Medicina, de lo que no se arrepiente porque le ha hecho placentera la vida. Amigos de su padre que llegaban a su casa, fueron Miguel Ángel Asturias, Clemente Marroquín Rojas, David Vela, Alfredo Valle Calvo, Hernán Martínez Sobral (el creador de la Chabela, nagual de los huelgueros de Dolores), Francisco Escobar Pérez (el primer Rey Feo de la Universidad de San Carlos) y otros.

La segunda razón por la que estudió medicina, fue que en sus tiempos de institutero, el profesor de Anatomía (César Augusto Soto) los llevó a conocer el anfiteatro anatómico de la facultad de Medi-

cina, admirando a los matasanos cuando disecaban cadáveres.

Sus años en la facultad de Medicina, dice, fueron los más alegres de su vida. Los estudios abarcaban ocho años y si a estas alturas le dijeran que tendría que repetirlos, lo haría con entusiasmo. La facultad tenía excelentes profesores, como el de Anatomía, Dr. Mauricio Guzmán; Patología, Carlos Martínez Durán; Pediatría, Carlos Monzón Malice; Psiquiatría, Federico Mora; Deontología, Armando Gálvez. Se practicaba cirugía experimental y además de buenos maestros tuvo también excelentes compañeros, fisgones, parranderos y solidarios como Raúl Cruz Molina, Fernando Viteri, Rafael Minondo, Julio Molina Rodas, Francisco Sandoval Rosales, Ana María Morales, Julio Paz Carranza, Isaac Cohen y Víctor Comparini, todos ellos eminentes cirujanos, investigadores, pediatras, oftalmólogos, internistas.

Fue amigo también de muchos estudiantes de Derecho, como Adolfo Mijangos, Rafael Cuevas del Cid, Francisco Villagrán Kramer, Edmundo Vásquez Martínez, Ángel Valle, Alfredo Balsells, que ocuparon importantes cargos dentro de la Universidad y en el Estado. Pero la fiesta terminó pronto: en julio de 1954, se acabó la primavera democrática en esta tierra, la que

había abierto las puertas al arte y la cultura: con la Orquesta Sinfónica Nacional, el Teatro de Bellas Artes, el Ballet, la Escuela de Artes Plásticas; se construyó la Biblioteca Nacional; se podían comprar libros muy baratos. La iglesia que estaba al servicio de la Liberación y su Arzobispo Monseñor Rosell y Arellano, excomulgó al Dr. Barnoya y a Carlos Guzmán Böckler, por leer en el Parque Central un Te Deum irreverente que decía: "Padre nuestro que estás en Washington, vilipendiado sea tu nombre, Carlos Castillo Armas, venga a nos el banano de la United Fruit Company..., terminando con el Amen ... ah, mentada de madre la que les dimos...".

Su tesis de graduación de médico fue asesorada por el único urólogo con apellido de urólogo que ha tenido Guatemala: el Dr. Alejandro Palomo; abordó el tratamiento quirúrgico de Hipospadias. Luego de graduarse viajó a la Lahey Clinic en Boston, entrenándose en Urología, completando la especialidad con tres años más en el Hospital Monte Sinaí de Nueva York. Posteriormente regresó a Guatemala, donde estuvo de urólogo asociado en el Hospital General San Juan de Dios por siete años.

Luego fue médico urólogo del Instituto Guatemalteco de Seguridad

Social, IGSS, de 1968 a 1995. A partir de 1977, a raíz de un cuento que escribió sobre un niño que muere de desnutrición, denominado “El Tránsito”, fue invitado como profesor de la facultad de Ciencias Médicas en la USAC, trabajando en Clínicas Familiares y en Salud Laboral hasta el año de 1995. En los últimos años fue coordinador del programa de cirugía del mencionado IGSS.

¿Cómo ve ahora a la Universidad de San Carlos, Dr. Barnoya?, le interrogo. Ahora, responde, hay menos disciplina que antes. Hay muchísimos más estudiantes (más de 180,000 en la USAC); en mi tiempo eran 2,000. Pero esa masificación no se ha acompañado de calidad, de una mejor instrucción. Las autoridades electas ya no son las grandes figuras destacadas en la docencia, que eran antes. Ya no son gente prestigiosa del gremio, como lo fueron: Carlos Monzón Malice, José Fajardo o Carlos Martínez Durán. Ahora quienes se postulan para esos cargos (Rectoría o Decanaturas) gastan dinerales en propaganda, almuerzos, reuniones, pancartas y vallas. Compran prestigio y cargos con publicidad y dádivas.

¿Cómo ve usted la Guatemala del año 2015, Dr. Barnoya? —La población está despertando, dice—.

Esto de la computadora, de las redes sociales, ha provocado que la gente se entere rápidamente de todo lo que pasa. Las manifestaciones de abril fueron multitudinarias, teníamos tiempo de no ver algo así en el país. Señala que personalmente estuvo en las marchas, en contra de la corrupción, esa que ya no tiene límites y ha alcanzado a todos los estratos (gobierno, iniciativa privada, profesionales).

La juventud ahora está reaccionando para tener un mejor país, aunque no veamos a líderes auténticos, sino simplemente un inmenso gentío que ve la corrupción como un mal natural que nos carcome por todos lados: en el congreso, en la justicia, en la policía, en las municipalidades, en todo el entorno, en donde abundan los marrulleros, los corruptos, hombres y hasta mujeres sin ninguna ideología, acomodándose a todo lo que produzca ganancia, lujo, boato, ostentación.

—La codicia abunda en Guatemala— termina lamentándose. El materialismo y el consumismo han destruido a los funcionarios públicos y privados. No hay vocación de servicio, y sí de lucro, de enriquecimiento. Se llega a un cargo, no a servir sino que a escamotear y saquear las arcas y las gavetas

de los escritorios. Se lava el dinero como se lava un calzoncillo. Se ha perdido la sensatez, la cordura, el sentido común. Hemos convertido al país en una patria de locos y rufianes.

Y en relación al gremio médico, ¿cómo lo observa, doctor Barnoya?

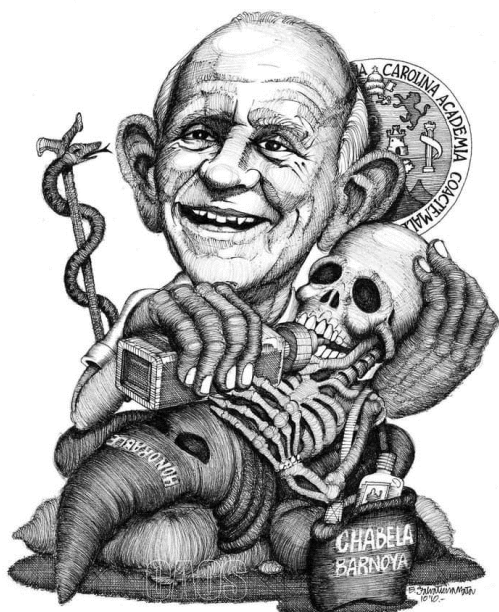
—Falta ética. —Falta mucha ética en la profesión—: esa eficacia de la razón en las normas de la conducta; esa larga y rigurosa confidencia. Se mandan a hacer muchos exámenes y operaciones innecesarias, no se dialoga con la gente, se interroga menos, se examina poco el cuerpo humano. En parte, porque los exámenes tienen su paga extra, pero en parte también porque la gente, los pacientes, están mal informados, y si usted no les manda a hacer una resonancia magnética por cualquier dolorcito de abdomen, creen que usted está desactualizado y obsoleto. Hay también como en todas las profesiones, mucha am-

bición por el poder, no existe un verdadero deseo de servir al país. A pesar de todo, sigue habiendo mucha gente consciente, buenos médicos que corresponden a las necesidades de la gente.

A sus 84 años de vida, a los 59 años de ejercicio profesional como urólogo, el Dr. José Barnoya está tranquilo con él mismo y con la sociedad. Se encuentra satisfecho. Ha cumplido en su vida su condición de imitador —indica—. Imitador, porque ha imitado la profesión de su padre. Ha imitado la función educadora de su madre, imitado el comportamiento bueno y noble de la gente de antes.

Y por eso es feliz, señala, porque en su vida ha tratado de ser un hombre de bien, acostumbrado a trabajar correctamente y a tener un comportamiento honesto, creyendo como Ortega y Gasset que: “La vida es el hecho cósmico del altruismo, y el constante intercambio del Yo hacia el Otro”.

Guatemala, noviembre de 2015.



Tomado de La Prensa de Occidente Oficial. <https://www.trendsmap.com/twitter/tweet/1457516308384333833>

Dr. José Barnoya García (Nueva Guatemala de la Asunción, 1931-2021)²

Eduardo Antonio Velásquez Carrera

“Rara vez un hombre alegre es un pecador empedernido. Paz a los hombres alegres. La risa es santa, es el indicio de una conciencia tranquila”. Pierre Henri Cami, en “El juicio final”.

Falleció el domingo pasado uno de los intelectuales más prolíficos y generosos de una generación

que podríamos llamar de los cincuenta del siglo pasado. Hijo de un prominente miembro de la distinguidísima generación del veinte, Joaquín Barnoya, y de una maestra, doña Margarita García.

Tuve la dicha de conocerlos, después de haberlos leído a casi todos. Me refiero a la generación

2. Publicado en diario *elPeriódico*, el 9 de noviembre de 2021. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/opiniones-de-hoy/2021/11/09/dr-jose-barnoya-garcia-nueva-guatemala-de-la-asuncion-1931-2021/>

de Chepe Barnoya, integrada por Carlos Guzmán Bockler —el Huevo—, Rafael Cuevas del Cid, Edmundo Vásquez Martínez, Jorge Mario García Laguardia, Edelberto Torres Rivas, Roberto Piky Díaz Castillo, Carlos Navarrete, Mario René el Remachón Chávez, Antonio —Tono— Móbil, Amerigo Giracca, Roberto Díaz Gomar y Jorge Álvaro Sarmientos.

Muy amigos de otros intelectuales y valiosos ciudadanos como don Alfonso Bauer Paiz y don Alfonso el Ratón Ordóñez. Gracias a la vida cultural que el Piky Díaz desarrolló desde el Centro Cultural del Colegio Mayor de Santo Tomás de Aquino de la Usac en La Antigua Guatemala, pude compartir con ellos y me distinguieron a mi esposa y a mí con su amistad.

Tuvimos el privilegio de conocer y frecuentar también a sus consortes, como a doña Chita, doña Olguita, doña Emilia, doña Maty, Ana María y Lidia. Mujerazas todas. Asistimos a varias actividades culturales y saraos convocados por cualquier motivo vivencial para gozarnos de su amistad.

Chepe, o mejor conocido como el Sordo, mentiroso apodo, pues oía muy bien, que fuera indilgado por su amigo Francisco Sandoval. Era orejón. Hombre alegre, jovial,

charadero, dicharachero, mordaz, con humor sarcástico y festivo. Alguna vez me dijo: “Guayo, ese su abuelo Santos era fregado y bueno para las traídas. A mi viejo una vez le dieron un gran beso en la mera calle porque lo confundieron con don Santos”.

Chepe, además de ser un urólogo reconocido, maestro de varias generaciones, era un escritor. Uno que no olvidó, al igual que Miguel Ángel Asturias, la ciudad de su infancia. De su barrio, Santa Rosa. Y que peleó para que no perdiera su identidad. Una identidad guatemalteca, mestiza, sin olvidar sus hondas raíces indígenas. Lo que en realidad somos, sin imposturas extranjeras.

Y una de sus armas fue el carnaval universitario, el de la Huelga de Dolores, de la que provenía de linaje distinguido y honrado. Y no olvidó tampoco a sus compañeros de lucha, a nuestros santos y mártires. Ya están las marimbas de don Andresito, la Tropical Columbia, la del Viejo del Pito y la Orquesta del Chato Lobos, listas para entonar La Chalana a su celestial ingreso. Ahí bailas con la Chabela. El segundo excomulgado por Sor Pijije que entra al cielo. El primero fue el Huevo.